



Karl May

EL DIABLO EN LA PRADERA

Si me preguntaran cuál es el lugar más aburrido del mundo, respondería, sin titubeos: Guazma, en Sonora. Naturalmente, eso no es más que una opinión puramente personal y que tal vez podría rebatirse con buena copia de argumentos. Por mi parte he pasado en aquella ciudad las dos semanas más inútiles y aburridas de toda mi vida, entregándome a la holganza y al juego.

Las montañas que se encuentran en la parte oriental de Sonora encierran riquísimos yacimientos de metales preciosos y casi todas sus corrientes de agua arrastran arenas auríferas. En la época en que doy comienzo a mi relato, no se explotaban aún demasiado aquellas riquezas, pues la proximidad de los indios hacía muy inseguras las montañas de Sonora. Solo era posible aventurarse por ellas yendo muy bien acompañado y, por otra parte, resultaba muy difícil procurarse gente dispuesta a trabajar, porque a los mejicanos no les agrada ese trabajo y los indios no se resignan a desenterrar aquellos tesoros mediante un jornal diario, puesto que consideran de su exclusiva propiedad todas las riquezas que hay bajo tierra. Desde luego es fácil obtener la cooperación de los chinos, pero su empleo es muy poco recomendable. Y entonces tampoco era posible emplear a los gambusinos, que son los verdaderos buscadores de oro, porque, en aquella época, no los había en aquella región, ya que todos se habían dirigido a Arizona, en donde abundaba extraordinariamente el oro. Por todo ello, las riquezas del Sonora estaban abandonadas.

EL DIABLO DE LA PRADERA

Karl May

CAPÍTULO PRIMERO

EL MESON DE MADRID

Si me preguntaran cuál es el lugar más aburrido del mundo, respondería, sin titubeos: Guazma, en Sonora. Naturalmente, eso no es más que una opinión puramente personal y que tal vez podría rebatirse con buena copia de argumentos. Por mi parte he pasado en aquella ciudad las dos semanas más inútiles y aburridas de toda mi vida, entregándome a la holganza y al juego.

Las montañas que se encuentran en la parte oriental de Sonora encierran riquísimos yacimientos de metales preciosos y casi todas sus corrientes de agua arrastran arenas auríferas. En la época en que doy comienzo a mi relato, no se explotaban aún demasiado aquellas riquezas, pues la proximidad de los indios hacía muy inseguras las montañas de Sonora. Solo era posible aventurarse por ellas yendo muy bien acompañado y, por otra parte, resultaba muy difícil procurarse gente dispuesta a trabajar, porque a los mejicanos no les agrada ese trabajo y los indios no se resignan a desenterrar aquellos tesoros mediante un jornal diario, puesto que consideran de su exclusiva propiedad todas las riquezas que hay bajo tierra. Desde luego es fácil obtener la cooperación de los chinos, pero su empleo es muy poco recomendable. Y entonces tampoco era posible emplear a los gambusinos, que son los verdaderos buscadores de oro, porque, en aquella época, no los había en aquella región, ya que todos se habían dirigido a Arizona, en donde

abundaba extraordinariamente el oro. Por todo ello, las riquezas del Sonora estaban abandonadas.

También yo me propuse dirigirme a Arizona, no porque me viese dominado por la fiebre del oro, sino porque deseaba conocer la extraña vida que se llevaba en aquellas explotaciones. Por entonces, hubo cierta revolución, capitaneada por el general Garzas; y el editor de uno de los más importantes diarios de la ciudad de San Francisco me ofreció la plaza de corresponsal, si quería trasladarme al lugar de la insurrección.

Con verdadera alegría aproveché aquella ocasión para explorar una comarca que, de otro modo, hubiera permanecido desconocida para mí.

Garzas no tuvo suerte en su empresa y muy pronto fue vencido y fusilado. Por mi parte, y después de enviar mi última crónica, me dirigí a Guazma, atravesando Sierra Verde. En aquella población esperaba encontrar algún barco que me condujera hasta cualquier puerto del norte del golfo de California, pues me proponía llegar al río Gila, en cuyas cercanías estaba citado con mi amigo Winnetou, jefe de los apaches.

Desgraciadamente, mi viaje no fue tan rápido como yo había esperado, porque mi caballo tuvo la desgracia de romperse una pata, de modo que no tuve más remedio que pegar un tiro al pobre animal y continuar mi marcha a pie. Durante muchos días no encontré a nadie y menos aún quien quisiera venderme un caballo o un mulo. Evité cuidadosamente entrar en contacto con los indios bravos porque, con ellos, siempre surgen dificultades. Aquella marcha fue muy dura y he de confesar que sentí una gran satisfacción cuando me dirigí a la especie de embudo donde estaba situada Guazma.

Aunque había alcanzado el primer objetivo de mi viaje, el aspecto de la ciudad no me entusiasmó demasiado. Por aquel entonces sus habitantes eran unos dos mil y la ciudad estaba compuesta por algunas casitas de adobes despro-

vistas de ventanas. Debo reconocer que la impresión que yo produje en los habitantes de la población no fue mejor de lo que esta me causó a mí. Mi aspecto no era precisamente el de un *gentleman* o el de un caballero como dicen allí. Mi traje (por el que había pagado ochenta dólares en San Francisco) se encontraba en tal estado que en muchos puntos mi carne quedaba al descubierto. Mi calzado presentaba también un aspecto indecoroso. La bota que cubría mi pie derecho había perdido el tacón y de su compañera, aun cuando conservaba medio, su punta estaba aplastada y desgarrada, habiendo adoptado la forma del pico de un pajaraco. Y prefiero no hablar de la prenda que me cubría la cabeza, ya que si, en un tiempo no lejano, pudo llamarse sombrero, es decir, que da sombra, me había hecho traición por completo renunciando a tan honrosa nombre. Aun hoy en día no comprendo qué le sucedió a aquel sombrero de anchas alas para convertirse en una especie de fez turco que cubría mi coronilla y que parecía el objeto más adecuado para colar el café. Únicamente mi viejo cinturón de cuero, que había sido mi fiel camarada durante muchos años, demostró una vez más la indestructibilidad de su material.

Respecto a la piel de mi cuerpo, a mis cabellos y a otras intimidades personales, dejo al buen criterio de mis lectores figurarse el estado en que se hallarían después de las duras pruebas a que habían estado sometidos.

Mientras paseaba lentamente a lo largo de las calles del poblado, intentando descubrir a algún ser humano, mis ojos se fijaron en un edificio sobre cuyo bajo techo había una muestra. Y, después de algunas tentativas, infructuosas, logré deletrear las palabras: Mesón de...

El resto ya era incomprensible. Cuando estaba entregado al trabajo de descifrar el resto de aquel cartel, pude ver a un hombre que se me acercaba intentando pasar de largo como si no me viese. Me apresuré a detenerlo y, con la mayor cortesía, le pregunté cuál era la posada más reco-

mendable entre las que había en aquella agradable ciudad. El desconocido me señaló la casa que teníamos enfrente y dijo:

—¿No lo está usted viendo, señor? Este es el mejor hotel de todos los que tenemos en la ciudad. En la muestra no está muy claro el nombre de «Madrid». Pero puede usted estar seguro de que no le faltará ningún requisito si se pone de acuerdo con su dueño, que es el señor don Jerónimo. Puede usted fiarse de mi recomendación, porque yo soy el escribano de Guazma y conozco la ciudad como la palma de mi mano. Claro está que, para disfrutar de todas esas comodidades, será necesario que las pague usted.

Al referirse a aquel punto tan importante, me dirigió una severa mirada, con la que, sin duda, quería expresar la pobre opinión que de mí había formado, ya que tal vez se dijo que mi alojamiento debía de ser la cárcel en vez de disfrutar de las delicias de aquel hotel tan confortable.

Luego continuó majestuosamente su camino y, por mi parte, confiando en la recomendación de tan elevado personaje, me dirigí a la puerta de la hostería.

¡El mejor hotel de la ciudad! ¡«El Mesón de Madrid»! Estas palabras equivalían a una cómoda habitación, limpio lecho y sabrosos manjares: la boca se me hacía agua al pensarlo. Crucé el umbral y, de repente, me encuentro en todos los aposentos, lo cual significa que el famoso hotel no tenía más que uno. A él se llegaba directamente desde la calle; en el fondo había una puertecita que daba al patio y a eso se reducían todas las aberturas, pues no había ninguna ventana. Junto a la puerta del fondo se encontraba un fogón de piedra ennegrecida por el humo que, falto de salida, se convertía rápidamente en polvo negro. El suelo era de tierra endurecida. Unos cuantos palos hincados en ella y en los que se apoyaban algunas planchas de madera, formaban los bancos y las mesas. De las paredes colgaban algunas hamacas destinadas al descanso de los huéspedes y que podían ser utilizadas por cualquiera. A la derecha es-

taba el mostrador que, sin duda, era un simple cajón usado.

A su lado había otras hamacas colgadas y aquel rincón era, probablemente, el «palacio» del propietario y de su digna familia. En una de aquellas hamacas dormían tres muchachos cuyas seis piernas entrelazadas hubieran requerido un profundo estudio para averiguar qué extremidades correspondían a cada uno de ellos. En la segunda hamaca reposaba la hija del posadero, la señorita Felisa, pues tal era su nombre, según ella misma me aseguró al día siguiente. Esta señorita contaba dieciséis primaveras, aun cuando a mí me parecieron dieciséis inviernos lluviosos. En la tercera hamaca dormía la siesta la propietaria. Se llamaba doña Elvira y su estatura no era inferior a seis pies y cinco pulgadas. Más tarde, y en el seno de la mayor confianza, su esposo me confesó que aquella dama estaba dotada de una extraordinaria energía, pero como siempre la vi dando cabezadas o durmiendo de un modo descarado, no me hizo la debida impresión su varonil temperamento. La cuarta hamaca parecía estar ocupada por uno de esos círculos de goma que se encuentran en todos los barcos y a los que se llama salvavidas: pero un examen más minucioso me hizo comprender que aquel objeto tal vez tenía vida propia y para convencerme de tal cosa, le di una suave palmada. El círculo se puso en movimiento, le salieron brazos, piernas y hasta una cabeza: el salvavidas se abrió por completo y saltó de la hamaca transformado en un hombrecillo muy flaco, vestido con un traje de lona gris, que me miró con sorpresa como si se sintiera ofendido por mi atrevimiento.

—¿Qué desea usted? —me preguntó con acento de reproche—. ¿Por qué ha interrumpido mi siesta? ¿Y por qué está usted despierto? A esta hora, todas las personas decentes duermen.

—Busco al posadero —respondí.

—Soy yo y me llamo don Jerónimo.

—Acabo de llegar a Guazma y deseo esperar aquí la llegada de algún barco. ¿Puedo alojarme en su casa?

—Ya hablaremos de eso en otra ocasión. De momento tumbese en una de esas hamacas y descanse.

—Desde luego estoy muy fatigado, pero también tengo hambre.

—Después, después; ahora duerma.

—También tengo sed.

—Sí, sí, todo se arreglará, pero lo primero que debe hacer es dormir.

Aunque habíamos iniciado aquel diálogo en voz baja insensiblemente fuimos elevando el tono y, en las hamacas, empezó a advertirse algún movimiento. Mi huésped se acercó a mí y, muy asustado, me dijo al oído:

—Ni una palabra más o se despierta doña Elvira. Duerma usted, duerma usted.

Trepó a su hamaca y el círculo quedó formado de nuevo. ¿Qué podía hacer yo? Dejé al hospedero y a su familia que durmiesen tranquilamente y, abriendo la puerta del fondo, me encontré en un corral bastante espacioso. En un rincón había un cobertizo de hojas de maíz sostenido por cuatro pies derechos y debajo de él estaban resguardados de la intemperie algunos utensilios domésticos. También había un gran montón de hojas de maíz y un enorme perro sujeto a una cadena. Me aproximé al montón de hojas temiendo que el perro protestara ruidosamente por aquella intrusión, despertando a doña Elvira, pero mi temor carecía de todo fundamento... porque el can también dormía. Por un momento entreabrió ligeramente los ojos, pero los volvió a cerrar, sin la más leve protesta y yo pude tenderme holgadamente sobre el montón de hojas de maíz. Sin abandonar mis dos carabinas, me dormí tan profundamente que solo desperté cuando me sacudieron por un hombro. La tarde estaba ya muy avanzada.

Mi minúsculo posadero se irguió ante mí, diciendo:

—Levántese usted, señor mío. Ha llegado el momento de que nos decidamos.

—¿Y a qué debemos decidirnos? —pregunté.

—Respecto a si usted puede quedarse con nosotros o no.

—Espero que sobre eso no habrá ninguna duda —dije aun cuando comprendí muy bien lo que significaban sus palabras.

Al mismo tiempo examiné a aquel hombrecillo y comprobé que, verdaderamente, era muy pequeño y flaco hasta la exageración. Su cabello estaba cortado al rape o, mejor dicho, afeitado y sus pronunciadas facciones eran inteligentes y, sobre todo, bondadosas.

—Doña Elvira exige —me respondió— que solo dé albergue a los caballeros y usted mismo reconocerá que su aspecto no es el que estos acostumbran a tener.

—¿De veras? —contesté riendo—. ¿De modo que para usted solo es caballero el que lleva ropa nueva?

—No es eso. Comprendo perfectamente que hay ocasiones en las que un hombre distinguido debe prescindir de la elegancia de sus vestidos, pero doña Elvira tiene un verdadero culto por las conveniencias sociales y el aspecto de usted le repugna por completo.

—¿Cuándo me ha visto? Su señora dormía profundamente en el momento en que entré en su casa.

—Es cierto, dormía. Le gusta mucho entregarse al sueño cuando no tiene otra cosa que hacer. Pero luego lo contempló mientras descansaba.

Y, al ver el aspecto de su traje, de sus botas y de su sombrero... en fin, señor, no creo que sea necesario repetir las frases que pronunció mi señora.

—Me las figuro, don Jerónimo y, ya que tengo la desgracia de no gustar a doña Elvira, me veré obligado a buscarme otro alojamiento.

Cuando ya me disponía a marchar, el posadero me detuvo.

—Espere usted un momento. ¡Está tan triste la casa cuando no hay ningún huésped! Por otra parte, usted no me parece un bandido y yo me comprometo a decir a doña Elvira algunas palabritas en favor de usted, pero, ante todo, necesito saber una cosa muy importante. ¿Sabe usted jugar al dominó?

—Sí —contesté sorprendido por aquella extraña pregunta.

—Perfectamente. En tal caso vamos a hacer una prueba ahora mismo.

Me precedió y así penetramos en el interior del *hotel*. Doña Elvira continuaba tendida en su hamaca: la señorita Felisa estaba sentada junto al mostrador con un vaso de ron delante de ella y los tres muchachos jugaban en la calle con otros colegas de su edad entreteniéndose en arrojarse naranjas podridas a la cabeza.

Don Jerónimo tomó la caja del dominó y me hizo tomar asiento frente a él y a una de las mesas. Al oír el ruido que produjeron las fichas al caer, se agitó un tanto doña Elvira, quien levantó la cabeza cuando su esposo me dijo:

—Coja usted seis y empiece a jugar.

No tardó la señorita Felisa a instalarse a nuestro lado sin olvidar por eso su vaso de ron. Entonces comprendí que los miembros de aquella familia dormían cuando no jugaban al dominó y jugaban al dominó cuando no dormían. A pesar de su mucha práctica, el bueno de don Jerónimo no era ni siquiera un mediano jugador, de modo que, sin dificultad alguna, le gané tres partidas seguidas. Mi contrincante se alegró al perder la primera, se sorprendió a la segunda y a la tercera exclamó entusiasmado:

—¡Es usted un verdadero maestro! Quiero que continúe entre nosotros para que yo pueda aprender. Hasta hoy, nadie me había ganado tres partidas seguidas.

La verdad es que no me costó ningún trabajo conseguir aquella victoria, porque el pobre hombre jugaba bastante mal. Don Jerónimo se puso en pie y se dirigió a la hamaca

para parlamentar en voz baja con doña Elvira. Después se dirigió al mostrador y volvió a mi lado llevando debajo del brazo un libro muy sucio y un enorme tintero que situó frente a mí, diciendo:

—Doña Elvira es tan bondadosa que accede a sus deseos. Ahora hágame el favor de inscribir su nombre en el registro del hotel.

Abrí el libro y pude ver que contenía muchos nombres, cifras y fechas. En la última página, y sirviendo de señal, había una viejísima pluma de ganso cuyas puntas recordaban la puntera de mi bota.

—¿Es esta la pluma con que he de escribir? —pregunté regocijado.

—Desde luego, señor. No tenemos otra en casa y no creo que usted lleve ninguna en el bolsillo.

—Pero es completamente imposible escribir con ella.

—¿Por qué? Desde el día en que abrí el hotel, hace ya diez años, todos mis huéspedes han utilizado esta misma pluma.

Como ya esperaba, la tinta también estaba seca.

—¿Y cómo han conseguido escribir con esta tinta?

—Con agua, como ya puede usted figurarse, si conoce los rudimentos del arte caligráfico. La pluma se sumerge en agua caliente y queda como nueva y echando esa misma agua en el tintero se obtiene otra vez una tinta excelente. Como en mi hotel hay mucho movimiento de viajeros no puedo derrochar en tinta y pluma. Y, como me parece que usted no entiende demasiado en eso de la escritura, yo mismo inscribiré su nombre en el libro.

—Se lo ruego. Le doy mil gracias por su amabilidad y puedo asegurarle que me quita usted un gran peso de encima.

—Bueno, bueno. Ya comprendo que no todos pueden ser sabios.

Se dirigió al mostrador, llenó una cocinilla con alcohol o con ron y puso un pote de hojalata sobre la llama. Impulsa-

do por una prudente economía, utilizó aquella pluma por espacio de diez años aun cuando, para ponerla en estado de ser usada, derrocha cada vez algunos céntimos de alcohol. La operación duró un cuarto de hora, hasta que el agua empezó a hervir. El posadero aguardó pacientemente sosteniendo el cacharro. Luego dejó la pluma en su interior durante algunos minutos, vertió el agua en el tintero y, después de agitar la mezcla, consideró que ya había terminado la operación.

—Ya podemos empezar a escribir.

Colocó el libro frente a él y el tintero al alcance de la mano, se sonó enérgicamente y empuñó la pluma. Frunció el ceño, puso el libro de otro modo, cambió de postura en la silla y, en una palabra, adoptó tantas precauciones como si se dispusiera a emprender la más difícil de las obras maestras.

A duras penas conservaba yo mi seriedad y entonces comprendí el aspecto de aquel libro registro, que había examinado mientras se calentaba el agua. En las primeras páginas, la tinta tenía un color amarillo oscuro que se iba debilitando a medida que avanzaban las hojas, de tal modo que, en las últimas, apenas se notaba lo que se había escrito.

—Ahora preste usted toda su atención, señor —me dijo don Jerónimo—. Aquí debo apuntar la fecha, con el día, mes y año de su llegada a mi establecimiento: su nombre, apellidos, estado, profesión y, sobre todo, los motivos que lo han traído a esta ciudad. Y espero que me dirá usted toda la verdad.

Después de prometerle la mayor sinceridad empezó a dibujar las letras con tanta precisión y abundancia de adornos que no dejaba nada que desear. El trabajo avanzaba lentamente y el rostro del buen hombre era el que correspondía a quien se consideraba digno de desempeñar tan elevada función.

Media hora más tarde terminó el trabajo y el hombrecillo, profiriendo un suspiro de satisfacción, me ofreció el libro preguntando:

—¿Qué le parece a usted mi letra? ¿Ha visto alguna vez perfiles y curvas semejantes?

—Jamás vi cosa igual —respondí sin faltar a la verdad —. Tiene usted una letra magnífica y llena de carácter.

—No es de extrañar, si se recuerda que he inscrito los nombres de casi todos mis huéspedes porque a la mayoría les sucedía lo que a usted, es decir, que les estorbaba lo negro. Le estoy muy agradecido por sus respuestas, lo único que no he podido comprender es su profesión. Usted me ha dicho que es literato y jamás he oído esta palabra. ¿Se trata de algún negocio, de un cargo militar, de un comercio o de oficio?

—Literato es lo que, se conoce con el nombre de autor o escritor.

Mi patrón me dirigió una mirada de sorpresa y preguntó:

—¿Tiene usted fortuna personal?

—No.

—En tal caso lo compadezco a usted de todo corazón, porque debe de pasar mucha hambre.

—¿Por qué dice eso, don Jerónimo?

—¿Y aún me lo pregunta? Conozco muy bien esa profesión, porque en Guazma también tenemos un escritor. Es un hombre que tiene una fortuna considerable y escribe para un periódico de Hermosilla. Y se ve obligado a pagar un buen montón de pesos para que publiquen sus originales. Es un negocio que impone muchos gastos y no produce nada. ¿Cómo puede usted vivir así? ¿Le será posible pagar, por lo menos, lo que gaste en mi casa?

—Sí, hasta ahí llegan mis riquezas.

—Me alegro mucho de oír tal cosa. Escritor... ahora me explico el estado en que se encuentra. Lo que me extraña es que conserve usted un aspecto tan saludable y sonrien-

te... ¡Caramba! Ahora me doy cuenta de que, si usted es escritor, sin duda sabe escribir.

—Claro está.

—Y, sin embargo, ha echado sobre mí un trabajo tan penoso. ¿Por qué ocultó usted sus conocimientos en un arte en el que, indudablemente, es un maestro?

—Porque hubiera sido una descortesía contradecirle cuando creyó que me sería imposible sostener una pluma entre mis manos.

—Perfectamente, eso dice mucho en su favor. ¿Puedo preguntarle a usted de dónde viene?

—Del otro lado de la Sierra Verde.

—¿A pie? ¡Pobre diablo!

—Venía a caballo y ya puede ver usted mismo que llevo las espuelas, pero mi montura se rompió una pata y me vi obligado a pegarle un tiro.

—¿Y por qué no trae usted los arreos?

—Porque no quise cargar con su peso durante varios días y con este calor.

—Pero hubiese podido venderlos y, con su importe, vivir dos días enteros. Me da usted lástima. Hubiera sido preferible que los trajera usted en vez de ese par de viejas escopetas con las que ha venido cargado. Entre las dos no valen ni siquiera medio dólar, pues son de construcción muy antigua, y créame cuando le aseguro que yo entiendo mucho de esto.

Cogió mi famosa carabina «Henry», la contempló meneando compasivamente la cabeza y luego intentó examinar el rifle de los osos, pero tuvo que renunciar a hacerlo, porque el peso del arma era superior a sus débiles fuerzas.

—Tire usted toda esa chatarra —me dijo—. No servirá más que para crearle dificultades durante su viaje. ¿Adónde se propone usted ir desde aquí?

—Esperaré un barco que me lleve hacia el norte, más allá de Hermosilla.